

## MARIATEGUI EN GUAYAQUIL (1923) \*

Guillermo Rouillo.

Después de despedirse de sus amistades y camaradas de Alemania, y retumbando aún en sus oídos el eco de la canción revolucionaria de Eugenio Pottier; "¡Es la lucha final!", Mariátegui sale hacia el puerto de Amberes (Bélgica) con el objeto de viajar con rumbo al Perú, en el barco de bandera alemana "Negada", el 11 de febrero de 1923. La distancia entre Europa e Hispanoamérica la hizo en treinta y cuatro días (1). Escaso de dinero como andaba y casi en vísperas de embarcarse para el Perú, se vio obligado a tomar pasaje en dicha nave, sin importarle que demoraría su arribo al Callao, por ir sobrecargada en el flete y tener el compromiso de hacer largas escalas en algunos muelles del Nuevo Mundo (2).

Precisamente en uno de los puertos de su trayecto: Guayaquil, el "Negada" hubo de acoderar y permanecer por espacio de siete días en estiba. En tan forzosa circunstancia, e informado de que su maestro Víctor M. Maúrtua desempeñaba la representación diplomática del Perú en el Ecuador y le aguardaría en el golfo del Guayas, Mariátegui decidió bajar a tierra para encontrarlo y darle un cordial abrazo. Y, además, para averiguar la causa por la cual Maúrtua tenía tanto prisa por recibirlo como lo dejaba intuir el hecho de haberle enviado un radiograma a la ciudad de Amberes (3). La verdad es que el procedimiento adoptado por el maestro Maúrtua, provocó en Mariátegui cierta inquietud y lo llevó a imaginar que su situación se había complicado. Supuso que el gobierno de Leguía podía haber dictado una contraorden para que no pisara territorio peruano. Pero estas sólo fueron vanas conjeturas, pues se debían a un exceso de precaución del Dr. Maúrtua.

\* Fragmento del libro inédito, intitulado: "La creación heroica de José Carlos Mariátegui". T. II: La edad revolucionaria (1920 - 1930) que próximamente aparecerá.

En efecto, para don Víctor, hombre escrupuloso y zahorí, fue una sorpresa recibir una inesperada carta de José Carlos Mariátegui anunciándole su próxima visita a Guayaquil, acompañado de Anna y de su menor hijo (4). Aunque la decisión, de última hora, no partió de Mariátegui sino de la Compañía Alemana de Vapores "Kosmos" a la que pertenecía el buque en el cual debería viajar de regreso al Perú (5), el viajero no podía dejar de aprovechar la escala en Guayaquil, para saludar a su maestro, que se hallaba residiendo en Quito al frente de la Legación peruana.

A Maúrtua lo mortificó esta noticia; sobre todo, el no poder comunicarse privadamente con José Carlos para hacerle saber los peligros que entrañaba su imprevista llegada al puerto del Guayas. El protagonista de esta biografía se encontraba, en esos momentos, para tomar el barco que lo llevaría a través del Océano Atlántico y en tal circunstancia no se podía utilizar un medio confidencial como la situación requería. Hubo que emplear el sistema de radiograma, aunque no se pudiera explicar los hechos con entera libertad y mediara el temor de que el mensaje fuera interceptado por personas vinculadas al gobierno del Perú. De haber ocurrido, semejante percance hubiera sido funesto para el maestro y el discípulo.

Para comprender la difícil posición que confrontaba Maúrtua frente al sorpresivo arribo de José Carlos, recordaremos que aquél había iniciado gestiones ante Leguía — aunque separadamente también lo hiciera Mariano H. Cornejo — para que a Mariátegui le fuera posible regresar a la Patria, y por tal motivo se sentía comprometido el veterano diplomático para evitar a su patrocinado cualquier rozamiento con el gobierno peruano.

El riesgo que amenazaba a José Carlos en Guayaquil era alarmante e imprevisible, si se tiene cuenta que en esa ciudad se refugiaba un grupo de peruanos proscritos, sumamente activos en la conjura y la revuelta contra el régimen leguista. Por añadidura, la mayor parte de aquellos avezados conspiradores re-

sultaban ser amigos de Mariátegui. Y como es natural, Leguía había procedido a organizar un sistema de espionaje diligente y eficaz, según se decía (6), para desbaratar los siniestros propósitos que, sin darse tregua, venían tramando aquellos tenaces y juramentados enemigos.

Conociendo la política subrepticia desplegada por Leguía para liquidar a sus hábiles adversarios residentes en Guayaquil, debido a su condición de representante diplomático del Perú, Maúrtua procuró evitar que su discípulo cayera en aquella trampa. De proceder Mariátegui a entrevistarse con ellos, sin estar en antecedentes de todas las intrigas que se tejían y que había de por medio, hubiera puesto en peligro su permiso para entrar al Perú. Puesto en tal coyuntura Maúrtua, no hizo otra cosa que prevenir a su joven amigo para que soslayara todo encuentro con aquellos proscritos, ya que un acercamiento demasiado afectuoso u ostensible — como era de aguardarse entre amigos — podía ser mal interpretado por los agentes del gobierno peruano apostados en ese puerto, y acarrearle al visitante la cancelación de su ingreso al Perú y, tal vez, ocasionarle una seria amonestación al Dr. Maúrtua (7), que bien podría significar una nueva interrupción en su carrera diplomática.

Pasemos ahora a examinar quiénes eran los temibles enemigos del régimen, que tan osadamente se habían concentrado en Guayaquil y que merecían especial cuidado por parte del Presidente Leguía. Tenemos entre ellos al general Oscar R. Benavides, ex - Presidente de la República del Perú y antiguo jefe de Mariátegui en Italia; el Dr. Arturo Osores, ex - Ministro de Estado, quien igual que el primero había sido superior de José Carlos en la Península; los coroneles Enrique Ballesteros, Teobaldo López, César Pardo Mancebo y Samuel del Alcázar; el joven periodista Reynaldo Saavedra Pinón, etc.

Se cuenta que para extrañar al país a algunos de los personajes mencionados el gobierno de Leguía "llegó hasta fletar el vapor "Paíta" de la Compañía Peruana de Vapores y lo hizo

zarpar del Callao el 11 de mayo de 1921 con rumbo a Sidney, Australia, llevando a veintidós desterrados, algunos de ellos detenidos desde meses atrás en la isla de San Lorenzo y otros recientemente apresados. Formaban parte de este grupo el general Oscar R. Benavides, los coroneles Teobaldo López, Enrique Ballesteros, César Enrique Pardo, Matos Vera y Ernesto Zapata y los civiles José Balta, Miguel Benavides, Carlos Diez Canseco, Fernando Gazzani, Miguel Grau, Miguel Miró Quesada, Jorge Prado, Rodrigo Peña Murrieta, Leonidas Ponce y Cier, Teobaldo Pinzás, Luis Panizo, Francisco Vidal y Víctor Ramos. Cuando todavía no habían abandonado el puerto del Callao, el general Benavides solicitó a sus familiares y a otros detenidos que habían acudido a despedirlos, el envío de armas y así pudieron reunir algunos revólveres. A los siete días de navegación y cuando el barco se encontraba a 1.500 millas de la costa peruana, los presos lograron interrumpir la comunicación inalámbrica y se apoderaron de dicha embarcación. Benavides se impuso sobre el Capitán y la oficialidad del "Paita" mientras sus compañeros de armas, los civiles y algunos tripulantes adictos a ellos se colocaban en lugares señalados, para el caso de sostener una refriega. Mediante una votación los deportados acordaron no continuar con destino a Australia sino dirigirse a Punta Arenas en Costa Rica y firmaron un acta para dejar constancia de ello. El "Paita" llegó a Punta Arenas el 25 de mayo de 1921" (8). Enseguida que bajaron a tierra los conjurados, parte de ellos se dispersó: unos fueron a dar a Europa, y otros al Ecuador.

No bien se instalaron en el puerto del Guayas, Benavides y su fracción, estalló una revuelta en Iquitos (5 de agosto de 1921), encabezada por el capitán Guillermo Cervantes y sin lugar a dudas organizada por los exiliados o resueltamente apoyada por ellos. Tanto es así que, inmediatamente, viajó al lugar de los sucesos el coronel Teobaldo López, para unirse a Cervantes. Tras cinco meses de campaña, los insurgentes del Oriente peruano fueron vencidos por las tropas leales al gobierno de Leguía. A los jefes de la rebelión militar no les quedó otra alternativa que retornar rápidamente a Guayaquil, a fin de aguardar una

nueva oportunidad para abrir otro frente de batalla en el interior del Perú.

Posteriormente arribaron al golfo del Guayas más expulsados del territorio peruano, como el Dr. Arturo Osoros, que viajó a bordo del vapor alemán "Ammon" (9), y todos ellos engrosaron el núcleo de confinados.

Justamente durante los primeros días del mes de marzo, en que José Carlos estaba por llegar al Ecuador, acababan de salir hacia el Perú, en forma clandestina, el Dr. Augusto Durand y Rómulo Guidino, para preparar desde Paita un nuevo levantamiento armado contra Leguía (10). Esta intentona también fracasó y su protagonista falleció, misteriosamente, cuando lo conducían detenido a bordo de un buque de la marina de guerra peruana, con rumbo al Callao.

Dentro de este clima tenso y de abierta sedición contra el régimen de Leguía, José Carlos fue recibido con gran sigilo en el muelle de Guayaquil por su maestro Maúrtua, quien lo condujo, con Anna y el niño, al hotel "Tivoli" (11), donde quedaron momentáneamente alojados. Luego, Maúrtua y Mariátegui, se dirigieron hacia uno de los salones reservados del hotel, para conversar a solas, pero no sin haberse antes cerciorado de que nadie los vigilaba. El diálogo fue franco y, poniendo de por medio un espíritu paternalista y familiar, Maúrtua previno a Mariátegui sobre los riesgos que lo acechaban en torno a las posibilidades de reintegrarse a la Patria (12).

José Carlos, sumamente preocupado, escuchó las palabras de su dilecto amigo y, con toda sinceridad, pasó a exponerle cuál sería su comportamiento durante la semana que permanecería en esa ciudad.

Su propósito consistía en no rehusar el saludo de los proscritos, pero con las reservas del caso; y, ya entre ellos, procedería a esclarecer su posición ideológica ante los facciosos residentes en Guayaquil, exponiéndoles, sin reticencia alguna, las dife-

rencias de clase que lo apartaban de ellos. Y, fundamentalmente, de sus proyectos demo-liberales y de las descabelladas aventuras enfiladas contra el régimen de la "Patria Nueva". En resumen, toda la escalada golpista a no dudarlo, respondía —según Mariátegui— a una actitud calificadamente burguesa, contraria a la formación marxista que traía de Europa. (13)

Y cuando el maestro Maúrtua se encontraba plácidamente sentado en un sillón, meditando sobre cada una de las palabras que había escuchado, y analizando su significado, se escucharon unos pasos cercanos e indecisos que se iban aproximando. Simultáneamente se inquietaron ambos. Y de pronto apareció la figura de Carlos Escribens, Cónsul del Perú en Guayaquil y amigo de toda confianza de Maúrtua. (14)

Escribens se hizo presente, a instancias del propio maestro, con el fin de conocer personalmente a Mariátegui y de proporcionarle información sobre el ambiente ciudadano. Aparte de que se ofreció, en forma voluntaria, para avisarle a Reynaldo Saavedra Pinón, colega y amigo entrañable de José Carlos, a fin de que acudiera a conversar sobre problemas que interesaban a ambos, en el hotel "Tivoli". (15)

Esa misma noche, Escribens localizó a Saavedra Pinón y le participó que Mariátegui había arribado de incógnito al golfo del Guayas y deseaba hablar con él, pero que mantuviera — insistió Escribens — el mayor secreto posible acerca de su presencia en tierra ecuatoriana. Esta actitud, asumida por José Carlos, desconcertó a Saavedra Pinón, a tal punto que no pudo explicarse el misterio con que rodeaba Mariátegui su desembarco en Guayaquil. (16)

Era evidente que Saavedra Pinón gozaba de plena confianza entre los exiliados; y además conocía el medio intelectual de la ciudad, por estar casado con una distinguida dama del lugar (doña Letti Castillo), cuya familia hallábase vinculada con el periodismo local y con las altas esferas sociales.

A la mañana siguiente Saavedra Pinón se apersonó muy intrigado al alojamiento del recién llegado. Y tras los abrazos y saludos de bienvenida — mirando con firmeza el rostro de José Carlos y sin poder reprimir un ligero recelo —, interrogólo sobre el motivo para ocultar su viaje a Guayaquil como lo estaba haciendo. (17)

Mariátegui, con toda franqueza, le aclaró la situación creada y le hizo ver la delicada circunstancia que afrontaba frente a Leguía, que había accedido a su retorno al país sin imponerle ninguna condición. A ello añadió la conveniencia de que no apareciera, por razones obvias, ninguna información periodística sobre su estancia en Guayaquil, donde quería pasar inadvertido (18).

Dando muestras de haber comprendido el problema que encaraba José Carlos, para no despertar sospechas de Leguía, y a última hora pudiera dictar éste una contraorden que impidiera su ingreso al Perú, Saavedra Pinón se comprometió a gestionar una reunión con los paisanos residentes en el Puerto. De inmediato desplegó intensa actividad y, con el deliberado propósito de servir a su amigo, puso en práctica un plan que mereció el reconocimiento de Mariátegui. Horas después, satisfecho de su labor, regresó al hotel para darle a José Carlos la noticia de que a las siete de la tarde de ese mismo día del reencuentro, tendría lugar una cita en la casa del general Oscar R. Benavides, a la cual deberían concurrir la mayoría de los sediciosos peruanos en Guayaquil.

Indudablemente que existía expectativa entre los conspiradores por recibir a Mariátegui e incorporarlo a la causa antileguíista que se mantenía con singular fervor y combatividad. Ellos, los condenados al ostracismo, estaban plenamente confiados en que José Carlos accedería fácilmente a ser una especie de agente o corresponsal del grupo en Lima. (19) Todos recordaban al valiente e inteligente columnista de "Voces" en el diario "E. Tiempo" y, poco después, codirector de "La Razón".

Una vez que Mariátegui ingresó al domicilio de Benavides en compañía de Saavedra Pinón y recibió el saludo amistoso de los entusiastas asistentes al cónclave, el dueño de casa, el personaje sindicado para iniciar la tertulia ofreció una apretada síntesis de los hechos ocurridos en la Patria cercana. Entre los sucesos de palpitante actualidad, que glosó brevemente, con voz grave y haciendo pausas, estuvieron los siguientes: los atentados contra la libertad de prensa, de palabra y de reunión; el fraude electoral para llenar la vacante de la diputación de Lima, producida por el fallecimiento del Dr. Manuel Químper; los fracasados levantamientos de los últimos años; las persecuciones, encarcelamientos, torturas, deportaciones políticas y asesinatos públicos y encubiertos; las malversaciones y cuantiosas depredaciones contra el erario nacional; las gestiones para efectuar la reelección de Leguía a la Presidencia de la República; el parlamentarismo regimentado y obsecuente; y las negociaciones secretas que se venían haciendo con los representantes de los países limítrofes en perjuicio de la integridad del territorio nacional. (20)

A esta altura de su intervención, con tono enérgico y golpeando con uno de sus puños sobre la mesa, Benavides manifestó la conveniencia de que los peruanos tenían la obligación ineludible de contribuir a devolver la tranquilidad al país, restableciendo plenamente las libertades conculcadas y, con ello, el ejercicio del sufragio universal, máximo exponente de la democracia representativa. Y, según insistió el orador, defender con firmeza la integridad nacional, puesta en peligro por la nefasta e irresponsable dictadura leguista. (21)

Finalmente como si reparara en la presencia del joven José Carlos Mariátegui, Benavides apeló a su patriotismo para que se uniera a los llamados insurrectos de Guayaquil y aceptara representarlos en Lima, en calidad de agente, a fin de establecer algunos contactos y coordinar ciertas acciones de orden interno. Asimismo, recordó el orador que lo había conocido como un



hombre de bien, siempre dispuesto a sacrificarse por la Patria, en los días que se desempeñaba como periodista en Italia. Al concluir su ardorosa y vehemente peroración, el general Benavides fue largamente aplaudido por los presentes. (22)

Mariátegui, sin inmutarse, permaneció varios minutos silencioso, antes de responder a la invitación que se le hiciera y como si estuviera buscando los términos más justos para dirigirse a sus paisanos, lentamente respondió: agradeciendo la confianza y el honor que le deparaba el general Benavides al ofrecerle un puesto en el movimiento de renovación nacional que encabezaba, pero que, por su formación marxista revolucionaria, le era imposible recibir tal responsabilidad. "Mis principios ideológicos — añadió con impetuosidad —, basados en una concepción diferente a la de ustedes, me lo impiden. Yo no creo en los cambios políticos vinculados a una posición netamente demoliberal. Mi fe ardiente y mi decidida voluntad se encuentran vinculadas a la revolución socialista. Opino que mi tarea inmediata en el Perú, luego de los tres años y medio de intenso aprendizaje teórico y práctico en el Viejo Mundo, en contacto directo con los trabajadores europeos y con su vanguardia política, estará orientada a despertar la conciencia clasista como el medio más apropiado para obtener la transformación socioeconómica y política de nuestro país." Se refirió luego a la importancia que tenía la preparación teórica, y su correspondiente praxis, para un movimiento político revolucionario que se proponía hacer una transformación profunda de la sociedad. (23)

Sin importarle la reacción de los asistentes, prosiguió con énfasis Mariátegui, insistiendo en que la acción revolucionaria no podía triunfar si no se tomaba la orientación clasista y el apoyo de la clase obrera. Y subrayó que este sector social no puede exteriorizar plenamente su potencial revolucionario si no está dirigido por una vanguardia política. Así es, declaró Mariátegui, que tengo en perspectiva dedicarme al doble compromiso de orientar y concurrir a la creación del socialismo peruano (24).

"Entre ustedes y el que habla existe pues, una tremenda e irreconciliable diferencia de clase. Jamás podremos estar de acuerdo en una acción mancomunada, después de haber escuchado los métodos que pondrán en ejecución para sustituir a los que emplea el leguismo". (25)

"Invoco vuestro espíritu nacionalista y reconozco, al mismo tiempo, que me encuentro ante un auditorio conformado por una clase de hombres cuyas cualidades responden a una exigente tradición demoliberal, por lo cual espero que comprendan la sinceridad de mis palabras y respeten mis ideas como yo las suyas." (26)

Las declaraciones de José Carlos fueron recibidas con extrema frialdad. Casi diríamos que resultaron tremendamente desconcertantes e ininteligibles para los conspiradores que se habían dado cita en la residencia del general Benavides (27). Muchos pensaron que Mariátegui era un anarquista o algo parecido.

No obstante la negativa de José Carlos para colaborar con el grupo sedicioso afincado en el Guayas, el dueño de casa le prodigó una atención especial que, a criterio de los confundidos invitados, era inexplicable. (28)

La velada prosiguió hasta avanzada horas de la madrugada. Y las nuevas intervenciones trataron exclusivamente sobre los puntos expuestos por el general Benavides. Ninguno de los participantes tocó la posición extremista de Mariátegui y, en cierta forma, terminaron por ignorar su presencia entre ellos. (29)

Y a la hora de retirarse Mariátegui, sólo fueron cordiales con él: el general Benavides, Arturo Osoreo y Saavedra Pinón, quien lo acompañó de vuelta al hotel. En el trayecto dialogaron en forma amigable, y con tolerancia de parte de Saavedra Pinón que no podía comprender por qué su dilecto colega se había inclinado por el marxismo. (30)

Tras de esta conflictiva comparecencia, el maestro Maúrtua expresó su propósito de retornar a Quito para atender los asuntos de la Legación peruana. No se podía afirmar que estuviera satisfecho de la conducta observada por José Carlos. Le preocupaba su radicalismo revolucionario, y así se lo hizo saber (31).

Mariátegui, siempre respetuoso, no dio muestras del más ligero resentimiento por la incomprensión que éste demostraba con respecto a sus ideas. Lo acompañó hasta la Estación del ferrocarril, ubicada en Durán, frente a Guayaquil, a fin de abordar el convoy que lo llevaría a la capital ecuatoriana. Ahí, José Carlos le agradeció a Maúrtua todo lo que había hecho con la finalidad de facilitarle su regreso a la Patria. Aparte de Mariátegui estuvieron para despedirlo, en la citada estación, Carlos Escribens y Reynaldo Saavedra Pinón (32).

Libre, pues, de las complicaciones que pudieran provocarle un enfrentamiento con el gobierno de Leguía, José Carlos le solicitó a Saavedra Pinón que lo pusiera en relación con los fundadores del núcleo literario "Renacimiento", al cual perteneciera el poeta y crítico Medardo Silva, recientemente fallecido. Saavedra Pinón organizó en su casa una reunión literaria a la que concurrieron Mariátegui y los escritores locales de aquel grupo. Entre ellos se pudo observar la presencia de J.A. Falconí Villagómez (1895 - 1967), médico pediatra, poeta y crítico literario y, además, director de la revista "Renacimiento"; Wenceslao Pareja - otro médico -; poeta y redactor del expresado órgano de prensa; María Piedad Castillo de León, poetisa y periodista del diario "El Telégrafo": y algunos jóvenes literatos de la nueva hornada.

Lamentablemente hacía cuatro años del deceso de Medardo Angel Silva, miembro del cuerpo de redacción de "Renacimiento" y autor de una acertada crítica sobre Mariátegui, reproducida en la página literaria de "El Tiempo" de Lima -, en la cual señalaba Silva la fuerte inclinación que se advertía en Juan Croniqueur por el género del ensayo.

Y cuando la reunión de intelectuales guayaquileños, promovida para conocer y dialogar con José Carlos, había alcanzado gran animación y cordialidad, fue bruscamente interrumpida por la llegada de una infausta noticia. Un telegrama, procedente de Lima con cierto retraso, traía el desventurado anuncio de la inesperada muerte de doña Bernarda Pinón de Saavedra, acaecida en Iquitos a fines de febrero (33). La extinta era nada menos que la madre del anfitrión, así que todos los asistentes, conmovidos, le expresaron sus sentimientos de pesar por tan irreparable pérdida familiar, y decidieron retirarse de aquella memorable manifestación de amistad y simpatía por Mariátegui (34).

José Carlos privado de la eficaz colaboración de su amigo Saavedra Pinón, por hallarse éste de duelo, no tuvo otra salida que valerse de sus propios recursos para continuar estableciendo relaciones con los elementos representativos de aquel puerto ecuatoriano. Entró en relación directa con el sector laboral, es decir, con los dirigentes de la Confederación Obrera del Guayas quienes, le brindaron datos sobre el movimiento sindical, que se hallaba fuertemente influido por la orientación anarcosindicalista; y acerca de la última huelga general pro baja de las subsistencias, que terminara con una masacre de la masa trabajadora guayaquileña.

José Carlos, al hablar sobre la experiencia europea que traía, remarcó la necesidad de fortalecer la conciencia clasista y de la importancia que jugaban los sindicatos de clase como fuerza política y social. Así trataba de contraponer los principios del proletariado revolucionario a las vetustas instituciones gremiales apolíticas y pequeño burguesas, donde influía el anarcosindicalismo. Según testimonio de Saavedra Pinón, insistió Mariátegui en la dirección ideológica y organizativa de las masas proletarias sobre la base de un programa científico, elaborado por medio de la doctrina revolucionaria marxista.

Sólo unos pocos directivos, que tenían un sentido clasista, aprobaron los planteamientos de José Carlos; los demás no estu-

vieron conformes y dejaron entrever su cerrada oposición a toda tentativa que respondiera a una línea política. Para ello abundaron en razonamientos de corte anarquista, con el deliberado propósito de rebatir las ideas del visitante.

Cuando la situación se puso tensa, Mariátegui dio la alternativa a los obreros con inquietudes socialistas, para que salieran al paso de los anarconsindicalistas que se encontraban sumamente aferrados a su credo libertario y apolítico (35).

Gobernaba por aquel tiempo la República del Ecuador don José Luis Tamayo, hombre de ideas liberales burguesas, pero se imputaba a su gobierno una horrenda matanza realizada contra los obreros del puerto de Guayaquil, el centro industrial más importante del país y esto, aunque tal medida extrema, fue decidida por un destacamento de la fuerza armada ecuatoriana, en el mismo lugar de la huelga y de las manifestaciones de protesta de los trabajadores.

Sin mayores dilaciones consiguió José Carlos entrar en relación con los propios sobrevivientes, de cuyos labios escuchó tanto la verdad fidedigna sobre la execrable mortandad como la experiencia lograda por el proletariado ecuatoriano. Recordaba que la paralización de las actividades laborales se prolongó por espacio de una semana. La ciudad, una vez decretada la huelga general, adquirió la fisonomía de un lugar sitiado. El alumbrado público, los transportes y el abastecimiento del mercado local quedaron interrumpidos. Sólo se veía en las viejas calles de Guayaquil, por un lado, las patrullas del Ejército, y por el otro, cientos de trabajadores que desfilaban en columnas voceando sus reivindicaciones y dando enérgicos vivas a la huelga (36). Si por una parte existía la severa vigilancia de los soldados encargados de resguardar el orden público, por la otra se observaba el sesgo que iba tomando la agitación social; las demostraciones de ambas fuerzas, que pugnaban por ganar las calles, presagiaban el choque inevitable. De pronto, cuando menos se esperaba, las balas rasgaron el espacio, la milicia bajó los fusiles

a la altura de los blancos humanos y empezaron a caer por cientos los obreros inermes. Las bajas producidas se elevaron a un millar y los heridos triplicaron esa suma. Los puños crispados y las palabras de protesta de los indefensos huelguistas no bastaron para repeler el cobarde y desigual ataque de la soldadesca enardecida por la ventaja de las armas que poseían.

El visitante peruano, intensamente emocionado y enfervorizado por la solidaridad proletaria, seguía escuchando el relato con los ojos humedecidos. Quizás recordó el paro efectuado en Lima, allá por el año 1919, con aproximado saldo sangriento; y sintió idéntico repudio contra el sector responsable de aquella masacre inicua.

Más adelante, el escritor ecuatoriano Joaquín Gallegos Lara se inspiró en aquella jornada heroica para forjar una novela biográfica (1930), en la cual exalta la vida del héroe popular Alfredo Baldeón, quien sucumbiera en las barricadas improvisadas por el pueblo guayaquileño ese día 15 de noviembre de 1922. La obra en referencia lleva un sugestivo título: *Las cruces sobre el agua*. (37)

Al final del diálogo, y después de analizar atentamente aquel proceso histórico protagonizado por los trabajadores del Ecuador, José Carlos extrajo la conclusión de que éstos habían obtenido una experiencia positiva de tan deplorable suceso, a juzgar por los nuevos planteamientos de la lucha sindical que se observaba en ese país. (38)

Entretanto, a los pocos días de haber recibido el nefasto aviso sobre la muerte de su señora madre, Reynaldo Saavedra Pinón tuvo la *gratisima* sorpresa de que le llegara una noticia desmintiendo tal hecho. De inmediato volvió la alegría a su hogar y, posesionados como estaban de que obedecía a un dato falso, tuvieron que desprenderse de todos los signos de riguroso duelo que venían observando.

Normalizada la situación, Saavedra Pinón voló en busca de Mariátegui. Y los dos amigos celebraron alborozados el acontecimiento. Pero, a pesar de la información fidedigna de que disponía Saavedra Pinón, demostró cierta cautela y aguardó unos días para proceder a rectificar la desventura. (39) Tras de despedirse de José Carlos, que salió con destino al Callao, procedió a divulgar por medio de la prensa local la nueva versión recibida.

Aún antes de abandonar Guayaquil, Mariátegui pudo visitar la Clínica que llevaba el nombre de ese puerto, donde estaba alojado uno de los hijos menores del general Benavides, y aprovechó para despedirse de este personaje y de sus familiares. (40)

Y así, luego de haber permanecido en el golfo de Guayaquil siete largos días, el buque "Negada" reanudó su travesía con rumbo al Perú. La siguiente escala fue Paita, donde la nave ancló unas pocas horas, o sea, el tiempo necesario para dejar la carga consignada y recoger pasajeros para ser transportados al Callao. Entre ellos subió un joven estudiante de medicina, chilicano, que terminaba sus vacaciones de fin de año y retornaba a la Capital de la República para proseguir sus estudios. El aspirante a Médico y José Carlos se conocieron a bordo en forma casual. Mariátegui no podía ocultar la honda preocupación que tenía por delante, para aplicar el marxismo a la realidad del país (41) y para concurrir a crear el socialismo como parte indivisible de la revolución mundial. (42) Todo ello significaba desplegar gigantesco esfuerzo y una plena consagración. Bastó que alguien mencionara, por ahí, que Matías Prieto era alumno de medicina, para que Mariátegui entablara conversación con él e inquiriera datos sobre la reforma universitaria, la organización estudiantil y las conquistas logradas durante los últimos cuatro años. (43)

Finalmente, el barco se detuvo en su fondeadero, frente a la rada del Callao, el 17 de marzo de 1923 (44). José Carlos dirigió su mirada, transida de incontenible regocijo, hacia las primeras embarcaciones que abordaban la nave trayendo familiares

y amigos de los pasajeros. (45) Pasados algunos minutos de espera, y repuesto de la emoción inicial de hallarse nuevamente entre los suyos, recibió los abrazos de sus parientes y amistades. Ahí, al buque "Negada", acudieron a darle la bienvenida, entre otros: Sebastián Lorente Patron (Director de Salubridad (46)), Carlos Roe (quien hacía siete meses retornara al país (47)), Ricardo Vegas García (Jefe de Redacción de la revista "Variedades"), Pedro López Aliaga, Fausto Posada, Humberto del Aguila, Antenor Fernández Soler, Moisés Vargas Marzal (del periódico "La Razón"), Félix del Vallè, Pedro Bustamante Santisteban, Fabio Camacho, Alejandro Ureta. Igualmente, concurren casi todos sus familiares residentes en Lima.

José Carlos arribaba al Perú, después de tres años y medio de ausencia, en compañía de Anna y Sandro. Su consorte se hallaba en estado grávido. Estaba en plena gestación el niño que al nacer recibiría el nombre de Sigfrido, en recuerdo del periplo de Mariátegui por Alemania y, debido a su afición por la música de Ricardo Wagner.

Al momento de recoger las maletas y desembarcar en el Callao, fue notificado el viajero que tenía que abonar cierta suma de dinero por exceso de equipaje y traslado de valijas. José Carlos reparó, completamente confundido, que estaba sin fondos. Al darse cuenta de la angustiada situación confrontada por su amigo, sin mayores aspavientos, Lorente canceló la suma. Mariátegui, al vuelo y en forma repentina, puso en el bolsillo de Lorente, a guisa de compensación, una pequeña pistola que traía (48). Lorente intentó devolvérsela, pero José Carlos no la aceptó (49). Así quedó saldada la deuda de Mariátegui con el amigo de sus años mozos y de bohemia.

Con el hecho de reintegrarse José Carlos a la Patria, cerróse el ciclo correspondiente a su aprendizaje en Europa y, en cambio, se abrió el capítulo de la tarea inmediata que tenía ante sí (50).



NOTAS

- 1.- *Testimonio de Anna Cbiappe de Mariátegui.*
- 2.- *Testimonio de Palmiro Macchiavello.*
- 3.- *Testimonio de Reynaldo Saavedra Pinón.*
- 4.- *Ibid.*
- 5.- *Ibid.*
- 6.- *Ibid.*
- 7.- *Ibid.*
- 8.- *Basadre, Jorge. Historia de la República del Perú... Lima, Eds. "Historia", 1963. T. VIII, p. 3982.*
- 9.- *El Telégrafo, Guayaquil, 24, ene 1923, p.2.*
- 10.- *Gallardo Echeverría, Andrés, "1922: motín en el Cuzco y las pretensiones del Tigre Leguía". Revista Oiga. Lima, 7 (369); 44-45. 10 oct. 1970.*
- 11.- *Ibid. Test. de R. Saavedra Pinón.*
- 12.- *Ibid.*
- 13.- *Ibid.*
- 14.- *Ibid.*
- 15.- *Ibid.*
- 16.- *Ibid.*
- 17.- *Ibid.*
- 18.- *Ibid.*
- 19.- *Testimonio del coronel César Enrique Pardo.*
- 20.- *Ibid. Test. de R. Saavedra Pinón.*
- 21.- *Ibid.*
- 22.- *Ibid.*
- 23.- *Ibid.*
- 24.- *Ibid.*
- 25.- *Ibid.*
- 26.- *Ibid.*
- 27.- *Ibid. Test. de E. Pardo.*
- 28.- *Ibid. Test. de R. Saavedra Pinón*
- 29.- *Ibid.*
- 30.- *Ibid.*

- 31.- *Ibid.*
- 32.- *Ibid.*
- 33.- "El Día Social". En *El Telégrafo*, Guayaquil, 6 mar. 1923, p.2.
- 34.- *Ibid.* Test. de R. Saavedra Pinón.
- 35.- *Ibid.*
- 36.- "Aniversario trágico del proletariado ecuatoriano". *El Trabajador Latinoamericano*. Montevideo, 2 (1071): 25, 15 feb. 1929.
- 37.- Gallegos Lara, Joaquín. *Novela ...* Guayaquil, Ed. de la Casa de la Cultura ecuatoriana, 1964. 264 p.
- 38.- *Ibid.* Test. de R. Saavedra Pinón.
- 39.- "El día social". *El Telégrafo*, Guayaquil, 13 mar. 1923, p.2. "Cartas particulares desmienten la noticia que, tomada de diarios limeños y transmitida por cable, se publicó en esta ciudad últimamente, anunciando la muerte de la señora Bernarda Pinón de Saavedra."
- 40.- "Mundo, social". *El Universo*; Guayaquil, 12 mar. 1923, p.2. Da cuenta fue operado un niño del General Oscar R. Benavides en la Clínica Guayaquil.
- 41.- González Prada ¡No! afirma Basadre al hablar de su generación. *Caretas*, Lima 1 (4) ene. 1951. "Todavía no se leía a Marx en el Perú (Mariátegui a su regreso de Europa en 1923 introducirá el marxismo científico)."
- 42.- Testimonio de Matías Prieto.
- 43.- *Ibid.*
- 44.- *Movimiento marítimo*. El movimiento marítimo habido en el Callao durante el día de ayer, ha sido el siguiente: Vapor "Negada". *La Crónica*, Lima, 18 mar. 1923, p. 17
- 45.- *Ibid.* Test. de Matías Prieto.
- 46.- Dr. Sebastián Lorente Patrón nuevo Director de Salubridad. *Variedades*, Lima, 22 jul 1922.
- 47.- "Dr. Carlos Roe, diplomado de Médico - Cirujano de la Real Universidad de Madrid, que desde hace algunos días se encuentra en Lima." *Variedades*, Lima, 19 ago. 1922.
- 48.- *Ibid.* Test. de Matías Prieto.
- 49.- *Ibid.*
- 50.- González Viaña, Eduardo. "Mariátegui, Ana María, los recuerdos". *La Nueva Crónica*, Suplemento político. Lima, 15 ene. 1972, pp. 6-7. "... Pero quería volver a la Patria. Tenía que cumplir con su tarea". (declara Anna María Chiappe de Mariátegui).